

DE BIORTAZABAL A LEZIAUNDI

Adentrándose en Bekobaso, monte de unos dos kilómetros al norte del pueblo de Etxarri, se ve la ruina de un enorme roble; puede acercarse a los 2000 años. Probablemente es el mejor testimonio de algo vivo que ha visto pasar a su lado los cambios más importantes de nuestra civilización.

Está rodeado de otros robles más jóvenes, pero de desarrollo excelente, dentro de lo que va quedando del árbol más representativo del pueblo.

Delante de él se extiende una zona llana; parece una enorme era de trilla; este tipo de rellanos artificiales se observan en puntos como Epeya, Epelgosarie, Urdindarratxabala, Artasoro y otros puntos. Se trata de poblados prehistóricos, propios del tiempo en que vino a nacer el roble de Biortazabal.

En aquella época, allanaban el terreno sobre el que asentaban el poblado; desviaban sobre un talud bastante pronunciado; e su borde construían una fuerte tapia a modo de muralla que los protegía del enemigo y del tiempo.

También se puede decir que no vivían tan mal: cuidaban de sus rebaños, cultivaban algunas plantas y los ríos y montes les proporcionaban comida variada y suficiente. Manejaban perfectamente el bronce para sus útiles y adornos, además de atreverse con el hierro: eran amigos de los juegos, de la música y de la danza.

Estos 6 poblados, castros de la Edad del hierro, habían elegido como jefe para presidir sus reuniones, fiestas y la dirección de las contiendas a Txorrotxa, inteligente, enérgico, pero que nunca se dejaban llevar por impulsos repentinos; la eficacia está en la atención, como el aprendizaje en la necesidad, solía repetir.

Había conseguido eliminar pequeñas disensiones entre los poblados y que se potenciara la construcción de mejores hornos de cerámica y de hierro; estos últimos en el alto de Olanoa, donde aun se aprecia su fábrica.

Tenían más tranquilo el ganado y disfrutaban de los pastizales altos, de las sierras durante los veranos, a las que se desplazaban los pueblos enteros a veces para más de medio año. Estaban ya ocupando la zona de Leziaundi, ya en abril, cuando un joven avisa de una incursión de hombres extraños a lo largo del río Arakil.

Informa Txorrotxa a otros grupos situados más al interior de la Sierra y con 50 mozos armados de arcos y jabalinas (azkona), baja a toda prisa a observar a los visitantes. Pronto se encuentra a una distancia suficiente, para espiar a los intrusos. La cosa tenía muy mal aspecto; disponían aquellas tropas de numerosos caballos, arqueros, hombres de lanza y espada con un enorme escudo rectangular, carros tirados por bueyes y caballos y todo dentro de un orden sorprendente; encima no bajarían de 1.500 hombres de armas los de aquella columna llamativa por sus estandartes y trompetería.

Nunca Txorrotxa ni sus compañeros habían tenido delante cosa igual. Aunque sí habían recibido rumores procedentes de la Ribera hablando del asentamiento a lo largo del

Ebro de algunos campamentos militares. Estaba claro el hecho de que, en todo el valle del Arakil, no podrían concentrar recursos suficientes para poder con los recién llegados. Sin embargo, resultaba esperanzador, el que no destruyeran los poblados vacío de los naturales.

Con el mayor sigilo volvieron sobre sus pasos a la Sierra; todos esperaban su llegada. Contaron su experiencia y se inició un fuerte debate en un apresurado batzarre. Decidieron dos cosas: prepararse para un ataque y seguir vigilando.

Al amanecer, un grupo más reducido, media docena, bajó con Txorrotxa. Aquellos no tenían intención de marcharse así como así; es lo primero que pensaron, viendo que habían cavado fosos, puesto una empalizada y levantado tiendas de campaña alineadas por pasillos; en el centro se veía un gran fuego, donde colgaban unas enormes calderas. La colina sobre el río que ocupaban se llamaba Etxarri; habían conseguido acercarse hasta Larrañeta.

No podían seguir más adelante. Para evitar sorpresas habían talado y limpiado los alrededores del campamento de árboles y matorral; a todas luces eran unos expertos escogiendo los lugares para acampar. También Txorrotxa había elegido un punto de observación adecuado, aunque lo tendría que abandonar pronto; aquellos demonios estaban construyendo un andamiaje, que a modo de torreta serviría para mantener arriba un vigía permanente.

La mitad de la guarnición empezó a salir hacia Bakakoa en formación perfecta. Txorrotxa y su grupillo decidieron volver a toda prisa a media mañana a la Sierra, pues permanecer allí suponía mucho riesgo; convenía advertir a quienes estuvieran excesivamente confiados de la dirección que tomaban aquellos cientos de extraños con cascos y escudos; aunque tampoco buscaban la sorpresa, pues iban haciendo sonar trompetas y tambores.

En Mendigaña explicaron a todo el mundo la situación planteada en el valle. La pregunta que no tenía respuesta era cuándo se irían o que intenciones traían. Echarlos por la brava tendrían que ser algo muy bien calculado; únicamente en un ataque por sorpresa y a poder ser nocturnos. Había partidarios de recurrir a sistemas indirectos: envenenarles el agua, incendiarles el campamentos, lo que fuera; pero había que despejar el terreno antes de la época de los fríos, ya que en los altos no era ninguna broma pasar el invierno: malo para las personas y casi segura pérdida de sus ganados. Txorrotxa expuso los detalles defensivos y de ataque de que se les veía hacer ostentación y de inutilidad, por tanto, de aquellos planteamientos; las medidas de seguridad que se tomaban tanto durante el día como por la noche les hacían invulnerables. De momento solo se podía seguir estudiándolos y con un grupo de voluntarios, los más veloces, el bajaría antes de que amaneciera a continuar el espionajes.

Se apostó con sus jóvenes entre los arboles de Zugarreta; cuando amaneció se dio cuenta de su error: no podía volver atrás como las otras veces, durante el día, sin ser

visto; prácticamente ni podía cambiar de sitio ni moverse con comodidad en su misión de vigilancia.

La torreta de madera que estaba iniciada días antes, sobre salía al final bastantes metros sobre el campamento y allí estaban subidos tres soldados de guardia controlando una enorme extensión de valle.

A eso de las 9 de la mañana, llevando de la riendas una docena de caballos se acercó un legionario hasta Zugarreta; un hombre solo y desarmado los llevaba para aprovecharan la fresca hierba que allí solía crecer. Le vieron venir y podían terminar con él prácticamente sin ruido; optaron por quedarse quietos; de modo que al final se vieron a corta distancia: el hombre vaciló, dio media vuelta y salió corriendo hacia el campamento. El grupo de Txorrotxa quedó paralizado; veían que se armaba un revuelo para la torreta y que los vigías los detectaron perfectamente.

El que parecí mandar la guarnición dispuso un carro de bueyes con algunas cosas y salió escoltado hasta unos 100 pasos de Zugarreta; se volvió la escolta y quedó uno de guía que siguió avanzando algo más; hasta que un silbido llamó a los caballos que habían abandonado el primero; le obedecieron y azuzaron los bueyes, para que siguieran, se volvió con ellos.

Llegó el carro hasta donde estaba la cuadrilla de Txorrotxa; en el había un pellejo de vino, varios panes, calzado y magnífica cerámica rojiza con bellos adornos. DE lejos les indicaban que recogieran todo, que era para ellos y que se acercaran. Esto último ya no les parecía tan sugestivo.

Cogieron los regalos y salieron hacia la Sierra sin dejar de mirar hacia atrás por si las moscas. No había ninguna duda: los intrusos eran romanos; con todo, lo observado hasta entonces, dejaba claro que no estaban allí con intención de destruir nada ni de que llegaran en son de guerra; pero no resultaba agradable suponer que habría que compartir con ellos el territorio. Habían dado pie a bajar donde estaban y tratar de aclarar la situación por las buenas.

A media mañana del día siguiente bajaron en sus caballo, los más elegantes vestidos que pudieron, los representantes de los distintos grupos asentados en la Sierra de Andia-Urba. Pararon en el altillo de Zugarreta a la vista del campamento romano; vieron que se habría la puerta de empalizada y les invitaban a entrar; así lo hicieron. Les saludó el jefe, que no llevaba arma alguna, como tampoco ninguno de los que se acercaron.

Entraron en una tienda, mientras vieron que ofrecían agua y comida a sus caballos; para Txorrotxa y sus amigos sirvieron vino y una gran cazuela de carne guisada con un aroma que abría el apetito; vaya amarretako que se pegaron. Las miradas se habían vuelto tranquilas y todos sonreían; únicamente las señas servían de comunicación.

Arkias, como se llamaba al jefe, cogió una flecha y la partió, dando entender su intención de mantenerse en paz. Txorrotxa creyó que debía hacer lo mismo y rompió otra. Arkias sonriendo le estrechó la mano, mientras le indicaba que les acompañaría é mismo a la Sierra. Aquello era desconcertante. Con tantos acompañantes a caballo como había traído Txorrotxa subieron, sin apenas armas, a Andía.

Llegaron a Mendarte, donde esperaban todos los habitantes del valle; alrededor de una fogata con buenos propósitos por parte de todos se estableció la paz. Las armas solo servirían para cazar y competir deportivamente. Allí mismo se hicieron las primeras apuestas.

Probaron las lanzas, los arcos y pasaron a la comida, que dejaría los ánimos definitivamente sosegados. Este fue el inicio de un intercambio de costumbre, comercio, técnicas y legua durante 400 años.

Al día siguiente fueron invitados todos los que quisieran bajar a Etxarri a competir y presenciar apuestas. Unos pocos quedaron al cuidado de los rebaños y hasta los niños bajaron para presenciar las pruebas. La primera consistió en demostrar la destreza en el manejo de del arco. Cada concursante lanzaría 5 flechas hacía arriba debía clavarse en el saco lleno de tierra que se situaba tumbado a unos 35 pasos del arquero.

El cabrito que había puesto de premio Txorrotxa para el mejor se lo adjudicó el joven Eskuariña. Era una prueba muy práctica en los rasos de la Sierra, y que sorprendía a los soldados de Arkias por la gran habilidad que habían demostrado.

Otra competición corrió a cargo de los romanos; tensaron una cuerda de unos 60 pasos de larga. Cada concursante de jabalina se colocaba en línea y sin coger velocidad debían lanzarlo todo lo más lejos posible; cuanto más cerca quedaba la lanza de la cuerda tanto más se puntuaba, como también se puntuaba la distancia obtenida. Cornelius sobrepasó la cuerda y la dejó en línea, de modo que a juicio de todos fue el ganador de un vaso de plata que ofreció Arkias.

Hicieron también una prueba combinada: 5 romanos lanzarían cada uno una jabalina lo más lejos posible; 5 de los de Txorrotxa dispararían cada uno una flecha, tratando de dejarlas lo más cerca posible de la punta de la lanza; las pruebas se hacía sobre le hierbín que era la plaza actual según cuentan nuestros abuelos. Después invertían las tiradas; los ganadores serían quienes en la suma de distancias de las flechas a las lanzas hubieran conseguido la menor distancia; fue tan apretado el resultado, que por un palmo prefirieron dejar nula la apuesta; la repetiría otro día y todos pensaron que la buena armonía de momento era la norma a seguir.

La lengua y le geografía indican que así siguieron largos años.